

MANUEL LACUNZA Y LA VOLUNTAD DE COMPRENDER

MANUEL LACUNZA AND THE WILL TO UNDERSTAND

Claudio Rolle
Pontificia Universidad Católica de Chile
crolle@uc.cl

RESUMEN

La lectura de la tradición escatológica, en especial de la milenarista de los siglos II y III, por parte de Manuel Lacunza aparece guiada por la voluntad de comprender las circunstancias históricas de fines del siglo XVIII, considerando los fenómenos que el jesuita reconoce en las Sagradas Escrituras en relación con el contexto de su vida y obra.

PALABRAS CLAVE: Manuel Lacunza, milenarismo, fenómenos, Sagradas Escrituras, memorial.

ABSTRACT

Manuel Lacunza's reading of the eschatological tradition, especially the millenarian tradition of the 2nd and 3rd centuries, is guided by the will to understand the historical circumstances of the late 18th century, considering the phenomena that the Jesuit recognizes in the Holy Scriptures, in relation to his life context and work.

KEY WORDS: *Manuel Lacunza, millenarianism, phenomena, Holy Scriptures, memorial.*

Recibido: 23 de agosto de 2021.

Aceptado: 2 de noviembre de 2021.

1. Me doy cuenta de lo ambicioso y desproporcionado del título que doy a este breve texto en el que deseo comentar un rasgo de la obra y, conjeturalmente, del modo de pensar y sentir del jesuita chileno muerto en Imola en 1801, y que ha recibido una amplia atención de estudiosos y críticos por más de dos siglos¹. Lo elijo porque evidencia y declara las dimensiones del tema y sugiere la conciencia del límite de quien estudia la vida y la obra de otras personas, territorio que es siempre inagotable y en algunos casos inabarcable pero que, no obstante esto, es una invitación fascinante a la comprensión de otros. Un llamado al diálogo más allá de la vida y de la muerte, de las huellas y vestigios, un estímulo a la posibilidad de conocer, tantas veces con los sentidos prestados, como esos otros experimentaron la vida, como acumularon experiencias y, de un modo u otro, las transmitieron y conservaron permitiendo que se dé esa “relación enigmática” entre la sociedad del presente y con la muerte gracias a la mediación de unas actividades técnicas². Lo que propongo en las páginas que siguen es un modo de aproximarse a un tema que Lacunza desarrolla, con originalidad y un nuevo sentido, en su obra *La venida del Mesías en gloria y majestad* y que trato de delimitar buscando comprender el modo de comprender de este autor muerto hace 120 años, pero que no deja de estar entre nosotros.

2. Lacunza es muchas veces tajante, en varias ocasiones puede parecer soberbio y en cierto modo provocativo, siempre consciente de su lugar y su momento. Recuerda en algún modo la actitud de los humanistas del siglo XV y su crítica al mundo escolástico y universitario en general, sostenida en parte en la idea de liberar el conocimiento de la especulación y las disquisiciones que la escolástica había desarrollado en los siglos XVI y XV, postulando en cambio la necesidad de la vuelta a las fuentes³. Lacunza resulta casi

¹ Osvaldo Arce. “Manuel Lacunza y *La venida del Mesías en gloria y majestad*: bibliografía comentada”. *Revista Chilena de Literatura*, No. 73 (Nov. 2008): 109-137.

² Michel de Certeau planteó la cuestión con fuerza y belleza al iniciar su artículo La operación histórica: “¿Qué fabrica el historiador cuando hace ‘hace historia’? ¿En qué trabaja? ¿Qué produce? Interrumpiendo su deambulación erudita por las salas de archivos, se distancia un momento del estudio monumental que lo situará entre sus iguales y, una vez en la calle, se pregunta: ¿Qué oficio es este? Me interrogo sobre la relación enigmática que sostengo con la sociedad presente y con la muerte gracias a la mediación de unas actividades técnicas”. Son las frases iniciales del ensayo publicado originalmente en 1974 en: Jacques Le Goff y Pierre Nora. *Faire de l’histoire*. Vol. I. París: Gallimard: 3-41. Ampliado y revisado se publicó en: Michel de Certeau. *L’écriture de l’histoire*. París: Gallimard, 1975: 63-120. Aquí uso la traducción de Jem Cabanes publicada con el nombre de *La operación histórica* en *Historia y Literatura*. Françoise Perus (comp.). México: Instituto Mora, 1994: 31-69.

³ Entre la muy numerosa bibliografía sobre el humanismo renacentista quiero mencionar a Francisco Rico y su libro *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.

obsesivo en la insistencia sobre la originalidad de su método y su forma de considerar las escrituras y profecías. De hecho, presenta su obra como las observaciones que un autor judío cristiano hace sobre la venida del Mesías en gloria y majestad, que bien podría haberse titulado el regreso o retorno de Cristo, sentando las bases en este texto para plantear la idea del reino intermedio, del milenio, que es el sello distintivo más potente de la obra de Lacunza⁴. Este ejercicio de uso de un seudónimo para escribir una obra con una clara articulación crítica había sido empleado muchas veces, teniendo en 1721 un hito especialmente significativo con la publicación de las *Cartas persas* de Montesquieu, que dio al género un nuevo aire al enfrentar críticamente instituciones como el papado y la monarquía absoluta, escudado en los nombres de viajeros persas. Lacunza no llega a tanto en la construcción de su artefacto crítico orientado a comprender y -me arriesgo a decir- juzgar un periodo de crisis en las sociedades europeas y en la vida de la Iglesia. El propio Lacunza explica su modo de proceder en el memorial que envió al ministro de gracia y justicia de Carlos III Antonio Porlier, en respuesta a la consulta que este hiciera a los exjesuitas sobre sus actividades, en el momento en que parecía que el monarca parecía arrepentido de su decisión de expulsión de la Compañía de Jesús y, aparentemente, buscaba corregir esa acción de 1767. Lacunza es explícito en el señalar, con serenidad y seguridad, su proceder en los veinte años transcurridos desde la salida de Chile, explicitando dedicación al estudio y sus opciones para haber escrito sobre la Venida del Mesías. Es mejor escuchar al propio autor.

Yo señor he ocupado mi tiempo en Italia en el estudio formal, y meditación atenta de la Biblia Sagrada, y de toda suerte de escritores eclesiásticos, que o la han interpretado, o hablado sobre ella: en este estudio y meditación de muchos años, he hecho en fin, con la ayuda de Dios, algunos descubrimientos (a mi pobre juicio, y al juicio de muchas personas doctas, y sensatas), descubrimientos nuevos, verdaderos, sólidos, innegables y de grandísima importancia.

Lacunza, que describe el tono de su memorial como “simple, humilde y respetuoso”, no pierde la ocasión de destacar no solo su largo trabajo de estudio, reflexión y

⁴ La vida de Manuel Lacunza ha sido objeto de diversos estudios entre los que destacan los ya clásicos textos de Alfred Vaucher, *Une célébrité oubliée. Le P. Manuel Lacunza y Diaz*. Collonges-sous-Salève: Fides, 1941 (1ª edición) y 1968 (2ª edición) y Walter Hanish. “El Padre Manuel Lacunza (1731-1801), su hogar, su vida y la censura española”. *Revista Historia* n° 8 (1969): 157-23. Existen sin embargo muchas lagunas en torno a su vida tanto antes del exilio italiano y la supresión de la Compañía de Jesús, como sobre los años posteriores hasta su no menos misteriosa muerte en 1801 en Imola. Se señala entre los testimonios más o menos inciertos, que Lacunza pensaba escribir una vida del Mesías en su primera venida, la de la redención, cuando fue pobre y humilde en Belén.

escritura sino también la originalidad de su aproximación a un gran tema. Como hará a lo largo de toda su extensa obra el autor subraya sus rasgos distintivos y originales, exagerando y usando superlativos:

Sobre estos tengo escrita una obra, en que propongo a los sabios otro sistema escriturario diversissimo del q. han seguido hasta aora los doctores, en el que se entienden al punto, y se entienden con suma facilidad, en su propio, y natural sentido, todas las escrituras, esto es, los Profetas, los Psalmos, los Evangelios, los Escritos de los Apóstoles, el Apocalipsis, etc., sin que sea necesario el recurso a sentidos arbitrarios, violentos, impropriísimos, que no pueden satisfacer a un hombre racional, q. desea, y busca la verdad, por más que se presenten escoltados de un exersito terrible, por numeroso, de escritores catholicos, doctos, y píos; pues todos han partido del mismo principio, y seguido el mismo camino⁵.

Inmediatamente después de destacar su propio sistema escriturario Lacunza explica el uso del nombre de Juan Josafat Ben Ezra:

Para explicarme con mas libertad, y claridad en un asunto tan difícil y delicado, yo me finjo un Judío, mas un Judío Christiano y Catholico Romano, enterado suficientemente en la causa de los Christianos, no menos que en la de los Judíos. Tomo el apellido de Ben-Ezra no solamte. por haver sido este Ezra un Rabino de los mas doctos, y sensatos, sino principalmte. por haver sido español, con la circunstanca de haver escrito en Candia desterrado de España⁶.

La proyección que Lacunza hace de su propia condición es evidente y creo está presente en el desarrollo de toda su obra entre 1773 y su muerte en 1801. Por cierto, a los 15 años de producida la supresión de la Compañía de Jesús, y a 21 de la orden de extrañamiento de los dominios del rey de España, Lacunza busca comprender su sino, lo que la Providencia le había reservado a él y sus compañeros en un momento de prueba y tribulación.

3. En este memorial como también en las pocas cartas privadas que se conservan de Lacunza éste, de una forma más o menos explícita, da a entender que ha dedicado su tiempo de exilio al estudio de las Sagradas Escrituras tratando de comprender los retos de su tiempo y en particular lo que estaba sucediendo con los miembros del orden ignaciano. Considerándose a sí mismo y a los demás jesuitas víctimas de la persecución y representándose con la imagen bíblica de estar *contado entre los*

⁵ Góngora, Mario. "Un memorial de Lacunza". *Revista Chilena de Historia y Geografía* (1955): 249

⁶ Ibidem.

malhechores Lacunza intenta comprender las razones de la caída de la Compañía de Jesús en Portugal, en Francia y en especial de los dominios de Carlos III. En su forma de entender el orden político de su tiempo, se puede comprender el dolor, el desconcierto y la sorpresa por el gravísimo castigo que se les había impuesto, con el desarraigo y destierro como formas punitivas de gran significación para Lacunza que escribiría, en una de sus cartas a su familia, “Sólo saben lo que es Chile los que lo han perdido”. El ex jesuita vive esta experiencia como si existiera una cierta proximidad entre la sanción real con el mayor castigo de la Iglesia, la excomunión, pues con su Real Decreto del 27 de febrero de 1767 Carlos III establece que “he venido en mandar se estrañen de todos mis Dominios de España e Indias, Islas Filipinas y demás adyacentes, a los religiosos de la Compañía” separándolos de la monarquía, desarraigándolos y dejándolos huérfanos de la autoridad temporal que en esos tiempos parecía natural y querida por Dios⁷.

Es preciso recordar que esta decisión no fue tomada a la ligera sino por el contrario fue meditada con cuidado, a la luz de lo que parecía razonable al soberano y su Consejo Real. Es más, para su ejecución se consideraron los precedentes de otras naciones y su experiencia de conflicto con la Compañía de Jesús. Por una parte, estaban los sucesos recientes del Reino de Portugal y sus dominios que expulsó a los jesuitas en 1759 siguiendo un procedimiento violento y persecutorio, que condujo incluso a la ejecución de algunos religiosos, además de la confiscación de sus bienes y la erradicación desde la patria, con un envío no solicitado ni consultado al Papa de los jesuitas expulsos a los territorios pontificios en el centro de Italia. La otra gran experiencia precedente, la del reino de Francia, presentaba una situación diferente pues en ese reino la Compañía de Jesús no fue expulsada sino disuelta lo que evitó el destierro, pero tuvo como consecuencia la perturbación en todo tipo actividades desarrolladas por los jesuitas en Francia y en sus colonias. En ambos casos hubo amplias discusiones y encendidas polémicas que hicieron que la desaparición de aquellos escenarios nacionales de los religiosos de San Ignacio no pasara desapercibida en las otras monarquías europeas.

Carlos III y sus ministros prepararon con particular cautela y sigilo esta decidida acción contra la Compañía de Jesús a la cual se acusaba vagamente de un conjunto de acciones y disposiciones no gratas a la monarquía hispánica. Escribía en febrero de 1767 el rey Carlos III: “habiéndome conformado con el parecer de los de mi Consejo Real en el Extraordinario, que se celebra con motivo de las ocurrencias pasadas, en consulta del veinte y nueve de Enero próximo; y de lo que en ella me han expuesto

⁷ Este párrafo del Real Decreto del 27 de febrero de 1767 como los siguientes han sido tomados de http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglLA/Expulsion_jesuitas_intro.html#T1

personas del más elevado carácter; estimulado de gravísimas causas, relativas a la obligación en que me hallo constituido de mantener en subordinación, tranquilidad y justicia mis Pueblos, y *otras urgentes, justas y necesarias*, que reservo en mi Real ánimo; usando de la suprema autoridad económica que el Todo Poderoso ha depositado en mis manos para la protección de mis Vasallos y respeto de mi corona” que decidía la expulsión de los jesuitas de sus dominios⁸.

Un monarca absoluto podía tomar una decisión de esta envergadura sin dar mayores justificaciones apelando a la existencia de causas “urgentes, justas y necesarias”, que el rey reservaba en su Real ánimo. Sin embargo, Carlos III quiso evitar cualquier posibilidad de debate o discusión en torno a su decisión y por ello tomó una serie de providencias que aseguraran una operación coordinada, simultánea y rápida de notificación de la expulsión y de puesta en práctica del extrañamiento de los religiosos. Con la fórmula de reservar en su Real pecho algunas de las razones de esta verdadera excomunión política y cultural, el monarca logró su propósito inicial al costo de hacer que su decisión entrara dentro del ámbito de lo que hoy llamaríamos policial, considerando a los padres jesuitas como culpables de delitos políticos, en una época en la que este espacio estaba restringido al círculo que el rey elegía.

No quiero entrar en el debate sobre los motivos de la expulsión, tema que cuenta con una amplia bibliografía específica y que se debe apreciar en el marco más amplio de la historia europea y, más aún, considerando un tono epocal en el que se desarrolló un anti-jesuitismo muy extendido y variado, que encontró en sectores bastante disímiles detractores del orden ignaciano. Me interesa proponer en estas páginas algunos aspectos de la obra de Lacunza y su contexto de elaboración y escritura, en medio del exilio jesuita haciendo referencia especialmente a las percepciones y recuerdos que como exiliado manifestó en cartas, informes e historias redactadas lejos de la patria de origen, soñando con volver y buscando dar y transmitir un sentido a la experiencia vivida colectivamente por los discípulos de San Ignacio⁹.

Me parece necesario establecer algunos puntos que considero significativos para revisar los fragmentos de fuentes que he escogido para este breve texto. En primer lugar, el considerar que nos encontramos frente a un procedimiento de expulsión –y con ello de su contra cara, el exilio- de un grupo de personas conscientes y preparadas, capaces de realizar un juicio crítico sólido y fundado frente a la decisión del

⁸ El subrayado es mío y se explica porque fueron numerosos los jesuitas que no hallaron consuelo ante esta críptica acusación y su muy pesado efecto.

⁹ Véase Gaune, Rafael y Claudio Rolle. “Huérfanos de los Jesuitas. La despedida de la Compañía de Jesús al Reyno y Ciudad de Santiago de Chile en tiempos de la Expulsión (1767)”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 24, N° 2, (Jul.-Dic., 2020): 69-96

monarca y al mismo tiempo capaces de buscar, o intentar buscar, explicaciones para la desgracia vivida¹⁰.

Al dolor del exilio y de la nunca explicitada acusación respondieron los jesuitas con la creación de las provincias del Orden en diversas ciudades italianas, correspondiendo a Imola la acogida de los jesuitas de Chile. En esta ciudad viviría Lacunza 33 años, hasta su muerte en 1801 y allí pasaría las mayores angustias y dolores de su vida al conocer el breve *Dominus ac Redemptor Noster* dado en el verano de 1773 por el papa Clemente XIV, mediante el cual extingue y suprime la Compañía de Jesús.

El desconcierto de los religiosos fue muy grande toda vez que el documento papal sostiene “el servicio de la paz y la reconciliación confiado a la Sede Apostólica debe inducir al Sumo Pontífice a destruir y edificar” dando numerosos ejemplos de precedentes supresiones de ordenes en la vida de la Iglesia. Clemente XIV considera a los jesuitas como creadores de turbulencias “por lo que Nuestros carísimos Hijos en Cristo los Reyes de Francia, España, Portugal y las Dos Sicilias la han expulsado de sus dominios y desean su universal supresión, y nos han presentado sus peticiones con estudios y pareceres de muchos Obispos y otros varones conspicuos por su dignidad, doctrina y religión”¹¹ y por ello el Papa “obligado por la necesidad de su cargo, por causa de la paz, extingue y suprime dicha Compañía e invalida la autoridad de los Superiores” prohibiendo que se trate la materia del breve. De este modo quienes vivían el destierro se encuentran ahora en la hora de una prueba aún más dura. Existen prohibiciones de reunión entre exjesuitas y una serie de restricciones que no hicieron sino agravar la angustia y desazón de los religiosos que con especial fidelidad servían al papado, y que no logran entender como Clemente XIV, presionado por diversas cortes europeas, señala que es necesario talar al árbol que ya no da fruto.

Manuel Lacunza permaneció en Imola como varios otros exjesuitas que se integran al clero secular y con los que comparte, con la prudencia necesaria, las desventuras

¹⁰ Véase sobre este punto De Borja Medina, Francisco. “Extrañamiento y extinción de la Compañía de Jesús: venturas y desventuras de los jesuitas en el exilio de Italia”. *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, 1549-1773*, editado por Manuel Marzal y Luis Bacigalupo. Santiago: Fondo Editorial PUCP / Universidad del Pacífico / IFEA, 2007: 450-492; Egido, Teófanos e Ignacio Pinedo. *Las causas “gravísimas” y secretas de la expulsión de los jesuitas por Carlos III*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1994; Egido, Teófanos. “La expulsión de los jesuitas de España”. *Historia de la Iglesia en España, vol. 4*. Madrid: BAC, 1979: 745- 792; Gallego, José Andrés. *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica*. Fundación MAPFRE Tavera y Fundación Ignacio Larramendi, 2005.

¹¹ Valero Agúndez, S.J., Urbano. *Supresión y restauración de la Compañía de Jesús. Documentos*. Bilbao: Mensajero-Sal Terrae Universidad Pontificia Comillas, 2014: 137.

del exilio¹². Es en este ambiente de expatriados y condenados que inicia su trabajo de estudio y reflexión sobre la Sagrada Escritura buscando comprender lo sucedido con su orden, con la religión y con el papado.

4. Es el momento en que comienza a emerger la voz propia del hombre que busca en el estudio un refugio sólido para sortear un tiempo de oscuros presagios y confusión, encontrando consuelo y sentido en la lectura de su presente a la luz de una “linterna” creada por él para la lectura de los textos sagrados y la interpretación de las profecías. Se trata de un instrumento que puede aparecer caprichoso y contradictorio, lo que le valió a Lacunza críticas de sus contemporáneos y que es un elemento para tener presente en la lectura de su extensa obra. Expone allí un esbozo de un sistema de interpretación que contrapone al sistema tradicional, dando con mucha premura por comprobada la eficacia de esta propuesta, que se funda en la interpretación de las Sagradas Escrituras en sentido literal, lo que es un rasgo importante de su interpretación de la literatura escatológica.

Lacunza busca presentar su *Venida del Mesías en gloria y majestad* como un proyecto dividido en tres partes:

esta obra, o esta carta familiar, que tengo el honor de presentaros, paréceme bien (buscando alguna especie de orden) que vaya dividida en aquellas tres partes principales a que se reduce el trabajo de un labrador: esto es preparar, sembrar y recoger. Por tanto nuestra primera parte comprenderá solamente los preparativos necesarios, y también los más conducentes: como son allanar el terreno, ararlo, quitar embarazos, y resolver dificultades. La segunda comprenderá las observaciones, las cuales se pueden llamar con cierta semejanza el grano que se siembra y que debe naturalmente producir ‘primum herbam, deinde spicam, deinde plenum frumentum in spica’ (Mc, IV, 23). En la Tercera en fin procuraremos recoger todo el fruto que pudiéremos de nuestro trabajo.

De ahí que, en la primera parte de la obra, en el primer tomo, el autor escribe: “Que contiene algunos preparativos necesarios para una justa observación” referidos fundamentalmente a la lectura de la Sagrada Escritura y a la tradición que las ha interpretado reconociendo y presentando el sistema ordinario sobre la segunda Venida de Cristo y el modo de examinarlo. En esta primera parte, en el capítulo IV se propone otro sistema, el que él mismo ha descubierto y propone, si bien estableciendo con cautela de que no se trata de una novedad sino más bien de una restauración de un espíritu primigenio.

¹² Sobre este punto véase Rolle, Claudio. “Las cartas de la vida. Manuel Lacunza, el viaje y el exilio”. *Anales de Literatura Chilena*. 24 (Diciembre 2015): 35-49.

El exjesuita busca permanentemente subrayar las diferencias entre su sistema, que utiliza como una linterna, y el sistema tradicional de interpretación de la Sagrada Escritura. En la línea planteada por Lacunza se ilumina el camino que lleva de vuelta a los orígenes, al retorno a las fuentes del cristianismo, buscando una forma de explicación para las tribulaciones y persecuciones sufridas, provenientes de donde menos se debían esperar. Es este el tiempo en que comienza a contraponer su visión, de corte milenarista con la predominante entonces que veía en determinadas señales, presentes o aparentemente presentes en el tiempo que Lacunza escribe, del fin del mundo o al menos de un mundo

Este autor indica que según lo que llama sistema general Jesucristo volverá del cielo a la tierra cuando llegue su tiempo, cuando lleguen los momentos que puso el Padre en su propio poder. Lacunza destaca que en este retorno vendrá acompañado no solamente de sus ángeles sino también de los santos ya resucitados. Nuestro autor sin embargo precisa “Vendrá no tan de prisa, sino mas despacio de lo que se piensa. Vendrá a juzgar no solamente a los muertos, sino también y en primer lugar a los vivos. Por consiguiente, este juicio de vivos y de muertos no puede ser uno solo, sino dos juicios diversísimos, no solamente en la sustancia y el modo, si no también en el tiempo. De donde se concluye (y esto es lo principal que debe atenderse) que debe haber un espacio de tiempo bien considerable entre la venida del Señor que esperamos, y el juicio de los muertos o resurrección universal” sosteniendo que “este es el sistema”¹³. Inmediatamente después señala precauciones para no ser considerado en error o incurrir en herejía tomando distancia con los milenarios sin por ello dejar de creer, porque a su juicio es evidente en los textos sagrados, en la venida intermedia de Cristo.

La advertencia de Lacunza es clara:

Antes de proponer este sistema, Cristófilo amigo, deseo en vuestro animo un poco de quietud, no sea que os ocasiones algún susto repentino, y sin hacer la debida reflexión, deis voces contra un enemigo imaginario, haciendo tocar una falsa alarma. El sistema, aunque propuesto y seguido con novedad, no es tan nuevo, como sin duda pensareis; antes os aseguro formalmente, que en la substancia es mucho mas antiguo que el ordinario: de modo que quando este se empezó á hacer común, que fue hacia los fines del quarto siglo de la iglesia, y principios del quinto, ya el otro contaba con mas de trescientos años de antigüedad. No obstante, atendiendo a vuestra flaqueza, o a vuestra preocupación, no lo propongo de un modo asertivo, sino como mera hipótesis, o suposición.

¹³ *La venida del Mesías en gloria y majestad. Observaciones de Juan Josafat Ben-Ezra, hebreo cristiano dirigidas al sacerdote Cristófilo.* Londres: Imprenta de Carlos Wood, 1816: 53-54.

Si esta suposición es arbitraria, o no, lo iremos viendo en adelante, que por ahora es imposible decirlo. Mas sea como fuere: esto es permitido sin dificultad, aun en sistemas a primera vista los mas disparatados: porque en esta permisión se arriesga poco, y se puede avanzar muchísimo en el descubrimiento de la verdad¹⁴.

La primera parte es pues de presentación del propio sistema y de revisión de las dificultades que el propio Lacunza prevé encontrar en particular por su acentuada tendencia a marcar distancia con los doctores y el sistema tradicional que se impuso después del siglo IV, jugando con el argumento de que no es válido sostener la superioridad de un sistema por la duración que este ha tenido, contrastando los primeros cuatro siglos del cristianismo con los catorce siglos restantes. Para revisar estas dificultades Lacunza es claro en exponer los textos escatológicos fundamentales tomados del Nuevo y del Antiguo Testamento, si bien leídos en clave original, con voluntad de privilegiar la interpretación literal de los mismos. Como esta dicho la mirada al cristianismo de los orígenes y la obra de los padres de la Iglesia es una constante en toda la obra, pero de manera aún más manifiesta en esta primera parte.

5. La segunda parte de la Venida del Mesías en gloria y majestad es presentada por Lacunza como la “que comprende la observación de algunos puntos o fenómenos particulares sobre la profecía de Daniel y venida del Anticristo” si bien lo que esta parte se trata es más amplio de lo indicado en el título. Como ha indicado Walter Hanisch, Lacunza “en la primera parte quitó los principales embarazos; en la segunda es tiempo de empezar a observar ‘muchos fenómenos grandes y admirables, que o se ocultaban del todo entre las nubes o solo se divisaban confusamente’. Pide mirarlos y remirarlos, examinar a cada uno en particular, combinar unos con otros y contemplar todo el conjunto: ‘esto es lo que deseamos hacer’”¹⁵. En esta segunda parte es donde se despliega con mayor claridad la visión original y divergente de nuestro autor que busca comprender fenómenos que están ocultos o son misteriosos porque se ven confusamente, estableciendo un conjunto de 10 fenómenos vinculados a la literatura sobre el fin de los tiempos y la segunda venida del Mesías. En esta sección de la obra el exjesuita va analizando, con una amplia referencia a textos bíblicos y la patrística, argumentos y temas esenciales de la tradición judía y cristiana reconociendo cinco primeros fenómenos muy presentes en la tradición del pensamiento escatológico cristiano. Se trata de la estatua de diversos metales del libro de Daniel como primero de estos fenómenos. El segundo esta dado por las cuatro bestias de Daniel; el tercero es el Anticristo; el cuarto el Fin del Anticristo y

¹⁴ Ibid. 52- 53.

¹⁵ Hanisch, Walter. “Lacunza o el temblor apocalíptico”. *Revista Historia*, nº21, (1986): 359.

advenimiento glorioso de Cristo con el inicio del Reino Milenario y el quinto es la conversión de los judíos. Hay otros fenómenos que Lacunza aborda que tienen que ver con el futuro y se refieren a la tercera parte de la obra “que contiene los frutos de las observaciones precedentes”¹⁶.

En su afán de proponer otro sistema de Anticristo, luego de haber expuesto previamente las “Noticias del Anticristo que tenemos hasta el presente” buscando y examinando sus fundamentos, y después de haber presentado con referencias no solo a las escrituras y los padres sino también a autores como Maluenda, Lessio y Calmet, el origen, la patria y principios del Anticristo, Lacunza presenta el caso del engaño en que caerán los judíos que creerán en el Anticristo y lo recibirán como al verdadero Mesías hasta alcanzar este Anticristo una posición de dominio. Esta presentación, llena de erudición y de citas, es la que él revisa proponiendo este otro “sistema” del Anticristo que ve de un modo diferente que la mayor parte de sus predecesores escribiendo:

Según todas las señas y contraseñas que nos dan las Sagradas Escrituras, y otras nada equívocas que nos ofrece el tiempo, que suele ser el mejor intérprete de las profecías, el Anticristo o el contra Cristo de que estamos tan amenazados para la venida del Señor, no es otra cosa que un cuerpo moral, compuesto de innumerables individuos, diversos y distintos entre sí: pero todos unidos moralmente, y animados de un mismo espíritu contra el Señor, contra su Cristo. Este cuerpo moral, después que haya crecido cuanto debe crecer por la agregación de innumerables individuos; después que se vea fuerte, robusto y provisto con abundancia de todas las armas necesarias; después que se vea en estado de no temer a las potencias de la tierra, por ser ya estas sus partes principales: este cuerpo, digo, en este estado será el verdadero y único Anticristo que nos anuncian las Escrituras¹⁷.

Lacunza escribe desde un lugar y un tiempo convulsionado y desde la propia experiencia de la persecución, del exilio y en cierto modo de la proscripción y por ello ve el fenómeno del Anticristo como expresión de algún modo activa:

Peleará este cuerpo anticristiano con el mayor furor, y con toda suerte de armas contra el cuerpo místico de Cristo, que en aquellos tiempos se hallará sumamente debilitado: hará en él los mayores y más lamentables estragos; y si no acaba de destruirlo enteramente no será por falta de voluntad ni por falta de empeño, sino por falta de tiempo: pues según la promesa del Señor, *aquellos días serán abreviados... Y si no fuesen abreviados esos días ninguna carne se-*

¹⁶ Lacunza, Manuel. *La venida del Mesías...*, tomo IV, 1816: 1.

¹⁷ *La venida del Mesías...*, Tomo I: 399.

ría salva. Por tanto, se hallará nuestro Anticristo, cuando menos lo piense, en el fin y termino de sus días, y en el principio del día del Señor. Se hallará con Cristo mismo que ya baja del cielo con aquella grandeza, majestad y potencia terrible y admirable con que se describe en el capítulo XIX del Apocalipsis, en S. Pablo, en el Evangelio, en los Salmos y en casi todos los profetas como lo veremos en su lugar¹⁸.

En esta sección medular sobre la propia interpretación de la figura del Anticristo Lacunza da una definición del Anticristo escribiendo: “lo primero que se entiende bien en un cuerpo moral, y lo primero que no se entiende de modo alguno en una persona singular es la definición de Anticristo”¹⁹. Escribe que se menciona poco el término en la Sagrada Escritura y que “si le preguntamos al amado discípulo ¿qué cosa es Anticristo? Nos responde por estas palabras: todo espíritu que divide a Jesús, no es de Dios: y este tal es un Anticristo, de quien habéis oído que viene; y que ahora ya está en el mundo”²⁰.

Lacunza sigue aquí, y más adelante en la sección que titula Ideas que nos da la Divina Escritura sobre el Anticristo, una presentación que enfatiza la capacidad de engañar de esta figura y el modo violento de sus acciones, pero antes de desarrollar esas ideas nuestro autor expone un argumento central para su interpretación y lectura del Anticristo:

La segunda cosa que nos dice es que es: que este mismo Anticristo, de quien hemos oído que vendrá, estaba ya en su tiempo en el mundo: porque aun en tiempo de S. Juan ya comenzaba a verse en el mundo el carácter inquieto, duro y terrible del *espíritu que divide a Jesús*: ya muchos apostataban de la fe, renunciaban a Jesús, y eran después sus mayores enemigos a los cuales el apóstol les da el nombre de Anticristo: *así ahora muchos se han vuelto Anticristos*: y para que ninguno piense que habla de los judíos o de los étnicos, que en algún tiempo perseguían a Cristo, y a su cuerpo místico, añade luego que estos Anticristos habían salido de entre los cristianos: *salieron de entre nosotros*. Lo mismo en sustancia dice S. Pablo, hablando de la apostasía de los últimos tiempos: esto es, que en su tiempo comenzaba a obrar el misterio de iniquidad²¹.

Lacunza concluye que con el Anticristo entendido como cuerpo moral y con presencia en el mundo se puede establecer que:

¹⁸ Ibid. Tomo I: 400.

¹⁹ Ibid. Tomo I: 401.

²⁰ Ibidem.

²¹ Ibid. Tomo I: 405.

De esta definición del Anticristo, que es lo más claro y expreso que sobre este asunto se halla en las Escrituras, parece que podemos sacar legítimamente esta consecuencia: que el Anticristo, quien hemos oído que ha de venir, no puede ser un hombre, o una persona individual o singular, sino un cuerpo moral que empezó a formarse en tiempo de los apóstoles, juntamente con el cuerpo místico de Cristo: que desde entonces empezó a existir en el mundo: y *que ahora ya está en este mundo. Porque se esta obrando el misterio de iniquidad*: que ha existido hasta nuestros tiempos: que existe actualmente bien crecido y robusto: y que en fin, se dejará ver en el mundo entero y perfecto en todas sus partes, cuando este concluido enteramente el misterio de iniquidad. En consecuencia, se verá más clara en la observación que vamos a hacer de las ideas que nos da la Escritura del Anticristo mismo, con que nos tiene amenazados²².

5. La historiadora Marina Caffiero ha señalado que “los últimos decenios del siglo XVIII se distinguieron en Italia como en gran parte de Europa por una sensibilidad difusa y creciente atenta a los milagros, a las profecías, a los símbolos, y por una tensión escatológica empapada de esperas y de esperanzas de próximos, grandes cambios de corte mesiánico. Acontecimientos traumáticos, por largo tiempo ignorados por los historiadores en cuanto al impacto psicológico y en la mentalidad colectiva y en relación a las consecuencias que determinaron un largo periodo -como fue, por ejemplo, la supresión de la Compañía de Jesús- contribuyeron a la preparación de un terreno fecundo para la explosión de fines de siglo. Con la revolución francesa, de hecho, problemáticas y simbolismos escatológicos, resistente tejido mental tradicional, adquirieron nueva evidencia, activando un sistema cultural de tranquilidad frente a acontecimientos vividos como catástrofe o, en cualquier caso, como ruptura de un orden mundano existente”²³. Ese es el ambiente en el que vivió Manuel Lacunza en la espera de un cambio tanto a nivel personal, con el nunca ocultado deseo de volver a Chile, de expectativas frente a una Europa convulsionada por guerras y revoluciones. La voluntad de comprender ese mundo en transformación y más aun el anhelo de poder encontrar consuelo para la experiencia de la desgracia, el destierro y la supresión de la Compañía de Jesús marcaron el paso de sus días en esas últimas décadas del siglo XVIII en que Manuel se transforma en Emmanuele y vive una existencia sencilla y modesta en lo exterior, en la pequeña ciudad de Imola, pero grande en la reflexión y en la lectura de los signos de los tiempos que le toco transitar.

²² Ibidem.

²³ Caffiero, Marina. *La nuova era. Miti e profezie dell'Italia in Rivoluzione*. Genova: Marietti, 1991: 7.

En el momento en que Lacunza estudia y escribe está impresionado por los tonos oscuros y aterradores de las imágenes de las profecías y, en particular, las del Apocalipsis que además vincula con su larga reflexión sobre el libro de Daniel. Así ve a la bestia del mar del capítulo XIII del Apocalipsis como la imagen concentrada de las cuatro bestias de Daniel VII y por ello, en su análisis, el monstruo de siete cabezas y diez cuernos no es otra cosa que una expresión recargada, con una forma diversa, ajustada a la brutalidad y ferocidad de los últimos tiempos. Como otros intérpretes, Lacunza ve en los cuernos un símbolo de la fuerza potenciada al máximo y cuando habla del undécimo cuerno de la cuarta bestia de Daniel le parece que se llega al grado más alto de concentración del mal. En el capítulo XIII del Apocalipsis aparece otra bestia, no ya del mar sino de tierra, que tiene dos cuernos y que bala como un cordero y ruga como un león: la figura simbólica de quien es capaz de tener mucha fuerza, pero sobre todo de engañar por medio de prodigios y que actúa como pseudo profeta.

En la interpretación tradicional se identificaba este personaje con un obispo apóstata, pero Lacunza, así como hizo con la imagen del Anticristo, lo interpreta como un cuerpo moral anticristiano, justamente una de las expresiones del Anticristo, que se esfuerza para obtener la destrucción de la Iglesia. Lo que distingue la visión del exjesuita es el hecho de que la traición y la corrupción se encuentran en la Iglesia

pues esta bestia nueva, este cuerpo moral, compuesto de tantos seductores, será sin duda en aquellos tiempos infinitamente más perjudicial, que toda la primera bestia, compuesta de siete cabezas, y armada con diez cuernos todos coronados. No espantará tanto al cuerpo, o al rebaño de Cristo la muerte, los tormentos, los terrores y amenazas de la primera bestia, cuanto el mal ejemplo de los que debían darlo bueno, la persuasión, la mentira, las órdenes, las insinuaciones directas o indirectas, y todo con aire de piedad y máscara de religión: todo confirmado con fingidos milagros, que el común de los fieles no es capaz de distinguir de los verdaderos²⁴.

En esto se pueden reconocer rasgos de uno males que más preocupan a Lacunza, esto es la colaboración del sacerdocio cristiano en la promoción de la idolatría de la bestia, recordando nuestro autor el sermón escatológico de Jesús donde advierte de la presencia de una multitud de pseudo profetas que inducirán a engaño a los fieles de Cristo.

En este punto Lacunza realiza una crítica más o menos velada, pero por otra parte algo descontada a la Iglesia de Roma y a la Curia, resultando posible entrever, si

²⁴ Lacunza, Manuel. *La venida del Mesías...* Tomo I: 408

bien es imposible sostenerlo con seguridad, la figura de Clemente XIV en las imágenes que utiliza para los fenómenos escatológicos, en las que se pueden encontrar rasgos del papa Ganganelli. Lacunza ve el desarrollo de un cristianismo hipócrita que finge una actitud que no es verdadera, con tiempos nuevos donde hay una falsa religión bajo la influencia de los pseudo profetas, se inicia también la persecución de los fieles a Cristo, de aquellos que se reúnen en torno al nombre de Jesús. Como en el tiempo de la primera venida, en la cual fueron los sacerdotes judíos los que condenaron al Mesías y lo alejaron del pueblo hebreo, entregándolo al poder político, en estas circunstancias será el sacerdocio cristiano el que cargará con una responsabilidad similar, y de allí la denuncia y la crítica de Lacunza. Porque el tiempo de la presencia de pseudo profetas generará escándalos y dolores inauditos. Por cierto, será central el papel del sacerdocio cristiano en los tiempos escatológicos. De hecho, Lacunza advierte:

los que ahora se admiren de esto, [la traición del sacerdocio] o se escandalizaren de oírlo, o lo tuvieren por un despropósito increíble, es muy de temer, que llegada la ocasión, sean los primeros que entren en el escándalo, y los primeros presos en el lazo. Por lo mismo que tendrán por increíble tanta iniquidad en personas tan sagradas, tendrán también por buena la misma iniquidad.

Los tonos de la exposición de Lacunza se van haciendo siempre más dramáticos en la medida que avanza en el relato de los acontecimientos anunciados para el fin y por eso escribe:

¿Qué pensáis que será cuando las simples ovejas de Cristo de toda edad, de todo sexo, de toda condición, viéndose perseguidas de la primera bestia, y amenazadas con la potencia formidable de sus cuernos, se acojan al abrigo de sus pastores, implorando su auxilio, y los encuentren con la espada en la mano, no cierto para defenderlas, como era su obligación; sino para afligirlas más, para espantarlas más, para obligarlas a rendirse a la voluntad de la primera bestia? ¿Qué pensáis que será, cuando poniendo los ojos en sus pastores, como en su único refugio y esperanza, los vean temblando de miedo, mucho más que ellos mismos, a vista de la bestia, y de sus cuernos coronados: por consiguiente los vean aprobando prácticamente toda la conducta de la primera bestia: aconsejando a todos que se acomoden con el tiempo por el bien de la paz: que por este bien de la paz (falsa a la verdad) tomen el carácter de la bestia en las manos o en la frente: esto es que se declaren públicamente por ella, fingiendo para esto milagros y portentos, para acabar de reducirlas con apariencia de religión?

El espectáculo de las bestias desencadenadas, pero sobre todo de los pseudo profetas y pastores apóstatas anunciados en las Escrituras serán la prueba más difícil para los fieles de Cristo que sufrirán no tanto por el dolor físico, cierto e indudable,

si no especialmente por el dolor moral de ver la traición y la negación de Cristo, la apostasía y la persecución. Se tratará de un periodo de sufrimientos sin precedentes y a tal nivel que si Cristo no interviniese para abreviar sería el fin cierto de cuantos se mantendrán fieles al nombre de Jesús. La reflexión sobre los precedentes históricos, algo muy importante entre los milenaristas y los grupos que se sienten perseguidos, aparece en la obra de Lacunza. Subraya que las persecuciones de los primeros siglos fueron incluso saludables para la Iglesia naciente: “Lejos de ser aquellos tiempos de persecución peligrosos para la Iglesia, fueron por el contrario los más a propósito, los más conducentes, los más útiles para que la misma Iglesia creciese, se arraigase, se fortificase y dilatase por toda la tierra”. Y analizando el contraste con aquello que se anuncia en su tiempo, Lacunza agrega que, “No fue necesario ni conveniente abreviar aquellos días por temor de que pereciese toda carne; antes fue convenientísimo dilatarlos para conseguir el efecto contrario”. La situación se muestra muy cambiada por el hecho que en el escenario escatológico ha aparecido “la bestia nueva de dos cuernos que ahora consideramos, o lo que es lo mismo, el sacerdocio cristiano, ayudando a los perseguidores de la Iglesia y de acuerdo con ellos, por la abundancia de su iniquidad”. En este lugar se puede percibir en algún modo la proyección de la experiencia de la vida personal y la de sus compañeros religiosos frente a la supresión de la Compañía que llevaba el nombre de Jesús.

En este tiempo de oración, trabajo, estudio y escritura Lacunza piensa que la hora de la iniquidad se caracteriza por la traición del sacerdocio cristiano, por la fuerza alcanzada por las falsas religiones, incluyendo entre estas al cristianismo reducido a la ritualidad, a la formalidad, con carencia de convicciones, convertido en catolicismo tibio y al que Lacunza llama hipócrita porque se finge devoto, pero no tiene el espíritu del Evangelio. También está la presión del mundo y de las potencias del mundo que han arrastrado a tantísimos hombres de la Iglesia seducidos por diversos elementos, por el poder y la riqueza, que abandonan a Cristo y dejan paso libre a los pseudo profetas que son la vanguardia del Anticristo.

La idea que Lacunza repite en su texto es que este cuerpo moral es capaz de provocar la apostasía y el mal en toda la tierra simultáneamente, algo que no puede hacer un ente individual y considera la acción del clero justamente como expresión de este comportamiento corporativo. Este sacerdocio tibio y mundano, corrupto y miserable convencerá a los fieles a adorar a la bestia. Pero no en el sentido que sean empujados a posiciones de idolatría, sino más bien serán inducidos a obedecer las órdenes del Anticristo, a no ponerle resistencia, a mostrar signos de extrema sumisión y respeto. Esto sucederá cuando el sacerdocio “se halle ya en aquel mismo estado y disposiciones en que se hallaba en tiempo de Cristo el sacerdocio hebreo: quiero decir: tibio, sensual y mundano, con la fe muerta o dormida, sin otros pensamientos, sin otros deseos, sin otros afectos, sin otras máximas que de tierra, de mundo, de carne, de amor propio, y olvido total de Cristo y el Evangelio”.

Con esto Lacunza abre su reflexión al espacio de otras señales escatológicas, pero sobre todo a su concepción milenarista, refiriéndose a la derrota del Anticristo, a la conversión de los judíos y la restauración de Israel que abren el camino para la venida intermedia del Mesías en gloria y majestad. En este sentido la lectura de los últimos fenómenos de la segunda parte de su obra y de modo especial la presentación del milenio en la tercera parte de su libro hace de Lacunza un hombre de esperanza y de expectativas utópicas, o mejor dicho *eutópicas*, a la luz de la espera de que se verifiquen señales y profecías.

6. Volvamos al memorial de 1788, ese texto de sello autobiográfico que refleja su autopercepción y el sentido de su vida de exiliado.

Lacunza juzga que su trabajo se traduce en una obra que

...es pequeñísima respecto de su grande asunto: No es exposición methodica de las Escrituras: por consiguiente no es seca, ni enfadosa, sino como un discurso seguido sobre toda ella, o diré mejor, como una colección de pequeños eslabones, que unidos y enlazados entre sí, forman una grande, y fortissima cadena, cuya consideración *hace comprender* sin gran dificultad, el misterio grande de dios encerrado en las Escrituras, ya respecto de los Judíos, ya también respecto de las Gentes²⁵.

Explícitamente el autor valora su trabajo como una contribución a la comprensión de su tiempo y lugar a la luz de las escrituras, integrándose a una larga cadena de conocimiento. Como señalaba al inicio Lacunza tiene conciencia del valor de su trabajo y también de las dimensiones polémicas que ella puede suscitar y por ello pide que se la juzgue con justicia:

Yo bien quisiera, señor excelentísimo, si esto me fuese permitido, poner este huerfano escrito en manos de V.Exa primeramente como en manos de un hombre sabio, sin otra consideración: pidiendo a este hombre sabio *un examen privado prolixo, atento, riguroso, justo y racional*: sino por si mismo, pues se lo impiden otras ocupaciones de maior importancia, a lo menos por Personas de buen talento, capaces de juzgar un recto juicio: si después de este recto juicio, no se hallasse en el alguna cosa de substancia ciertante. Reprehensible, o contraria a alguna verdad conocida, en este caso de q. no desespero, yo me presentaría a los pies de V.Exa con toda seguridad y no dudaría de pedir humilde, e instantáneamente su protección, no ya solamte, como hombre sabio, sino como a un ministro real, constituido en alta dignidad, cuya bondad y beneficencia sin

²⁵ Góngora, Mario. "Un memorial de Lacunza". *Revista Chilena de Historia y Geografía* (1955): 249. El subrayado es mío.

exemplar hasta aora empezamos a experimentar con admiración, y con el más profundo reconocimiento, principalmente los Americanos²⁶.

Este párrafo del memorial es particularmente representativo del modo de trabajar y razonar de Manuel Lacunza y en particular el modo de establecer los criterios que pide para el examen de su trabajo es de particular elocuencia: privado prolijo, atento, riguroso, justo y racional. Cada uno de estos términos refleja su personalidad y su modo de proceder, desde la referencia al examen o juicio privado, hasta su requerimiento de criterios de racionalidad, una aspiración de la vida del jesuita santiaguino y que está presente a lo largo de toda su obra no obstante su título y carácter. Luego de justificar con convicción y argumentos variados la escritura en castellano de su texto, Lacunza menciona que aún no ha terminado el tercer tomo y hace manifiesta su voluntad de continuar. En un gesto muy propio de su personalidad pide que se le indiquen las debilidades y dificultades que los examinadores pudiesen encontrar en su manuscrito, pero al mismo tiempo advierte de la necesidad de una crítica acorde a los criterios solicitados por el mismo párrafo antes:

Suplico por ultimo a V.Exa que si acaso los Juezes que V.Exa señalare para el examen de este escrito, me fuessen de algun modo contrarios, se me de traslado de sus reparos: digo si éstos son sustanciales, y dignos de alguna consideración, y no palabras vacías o argumentos , q.no salen de la misma question: pues de esta especie de argumentos que nada prueban, ya yo estoy lleno por acá, y cansado de satisfacerlos²⁷.

Terminando este memorial Lacunza hace un gesto de modestia y de sentido del límite, de esfuerzo por explicitar el sentido de su trabajo y su voluntad de comprender el mundo por donde transitó escribiendo:

Este no puede, Señor, comparecer con vuestra presencia con aquel traje civil, ni con aquellos ornamentos naturales o artificiales, que son del gusto de nro. siglo: pero al fin, en falta de todo esto, lleva muchas verdades, las quales, yo see bien, por donde quiera que se hallen, y sean las que fueren, son siempre estimables, y siempre hallan buena acogida entre los que aman la sabiduría.

²⁶ Lacunza, Manuel. *La venida del Mesías...* Tomo I: 249-250. El subrayado es mío.

²⁷ Ibidem.

BIBLIOGRAFÍA

- Arce, Osvaldo. “Manuel Lacunza y *La venida del Mesías en gloria y majestad*: bibliografía comentada”. *Revista Chilena de Literatura*, No. 73 (Nov. 2008): 109-137.
- Caffiero, Marina. *La nuova era. Miti e profezie dell’Italia in Rivoluzione*. Genova: Marietti, 1991.
- Espejo, Juan Luis. “Cartas del padre Manuel Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Santiago: Tomo IX, n° 13, (1914): 200- 219.
- Gallego, José Andrés. *Tres grandes cuestiones de la historia de Iberoamérica*. Madrid: Fundación MAPFRE Tavera y Fundación Ignacio Larramendi, 2005.
- Góngora, Mario. “Un memorial de Lacunza”. *Revista Chilena de Historia y Geografía* (1955): 147-151.
- . “La obra de Lacunza en la lucha contra el ‘Espíritu del Siglo’ en Europa 1770-1830”. *Revista Historia*, n°15 (1980): 7-65.
- Hanisch, Walter. “El Padre Manuel Lacunza (1731-1801), su hogar, su vida y la censura española”. *Revista Historia*, n° 8 (1969): 157-23.
- . “Lacunza o el temblor apocalíptico” *Revista Historia*, n° 21 (1986): 335-378.
- Lacunza, Manuel. *La venida del Mesías en gloria y majestad. Observaciones de Juan Josafat Ben-Ezra, hebreo cristiano dirigidas al sacerdote Cristófilo*. 4 tomos. Londres: Imprenta de Carlos Wood, 1816.
- Valero Agúndez, S.J., Urbano. *Supresión y restauración de la Compañía de Jesús. Documentos*. Bilbao: Mensajero-Sal Terrae Universidad Pontificia Comillas, 2014.
- Vaucher, Alfred. *Une célébrité oubliée. Le P. Manuel Lacunza y Diaz*. Collonges-sous-Salève: Fides, 1941(1ª edición) y 1968 (2ª edición).